



allá, este leviathán que formaste para jugar en el abismo. Todos aguardan de tí que les des la comida á su tiempo. Dándoles tú, ellos recogerán; abriendo tú la mano, todos se llenarán de bienes. Mas apartando tú tu rostro, se turbarán, les quitarás el espíritu de ellos y desfallecerán y se reducirán á su polvo. Enviarás tu espíritu, y serán criados, y renovarás el semblante de la tierra.

»Subsista la gloria de Jehová por siempre! ¡Alégrese Jehová en sus obras! Mira á la tierra, y la hace temblar; toca á los montes, y humean.

»Cantaré á Jehová mientras yo viva; celebraré á mi Dios mientras yo exista. Agrádele mi cántico, pues yo me deleitaré en Jehová. Desaparezcan de la tierra los pecadores y los inicuos. ¡Bendice, alma mia, á Jehová (1)!»

Con la providencia general del Altísimo sobre todas las criaturas, celebraba David su especial providencia sobre los hijos de Abraham. Su historia completa vuelve á encontrarse en sus cánticos. Pero lo que cantaba, sobre todo, era al Deseado de las naciones, al Salvador del mundo, los combates y los triunfos de su Iglesia. Oigámosle contando la inefable generacion del Mesías, su eterno sacerdocio, su futura dominacion sobre la tierra, en un salmo que Cristo se ha aplicado él mismo:

«Jehová dijo á mi Señor: Siéntate á mi derecha hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus piés. De Sion hará salir Jehová el cetro de tu poder. Establece tu imperio en medio de tus enemigos. Contigo está el principado; brillará en el día de tu poder en el esplendor de los santos. Te engendré de mi seno antes que la aurora. Jehová lo juró, y no se arrepentirá. Tú eres sacerdote eternamente segun el orden de Melquisedec. Adonai está á tu derecha; quebrantará á los reyes en el día de su cólera, juzgará á las naciones, multiplicará los cadáveres, quebrantará la cabeza de un gran número sobre la tierra. Beberá pasando el agua del torrente, por lo cual ensalzará la cabeza (2).»

¿Pero qué aguas son estas, con qué tribula-

(1) Ps. 103.

(2) Ps. 109; Math., 22, 45; Heb., 10, 12.

ciones debe ser abrevado el Señor, que es engendrado del seno de Jehová antes que la aurora, el sacerdote eterno, el futuro dominador de las naciones? Él mismo nos lo dice desde luego por boca de David, para volverlo á decir mil años despues, en persona, desde lo alto de la cruz:

«¡Dios mio, Dios mio, mírame! ¿Por qué me has desamparado? Los pecados, hechos míos, alejan de mí la salud. Clamaré durante el día, y no me oirás. Tú habitas en el lugar santo, ó gloria de Israel. En tí esperaron nuestros padres, esperaron y los libraste; á tí clamaron, y fueron hechos salvos; en tí esperaron, y no fueron confundidos. Mas yo soy un gusano de tierra y no un hombre; oprobio de los hombres y desecho de la plebe. Todos los que me ven me insultan; con desprecio en los labios menearon la cabeza diciendo: Espero en Dios, libréle Dios, sálvele, puesto que se complace en él. Porque tú eres el que me sacaste del seno de mi madre; eres mi esperanza desde los pechos de mi madre. Desde el seno de mi madre fui echado en tus brazos; eres mi Dios desde que salí de sus entrañas. No te alejes de mí, Dios mio, porque la tribulacion está cercana, y no hay quien me ayude. Me han cercado muchos becerros, toros poderosos me han sitiado. Abrieron sobre mí su boca, como leon que destroza y ruge. Como agua he sido derramado, y se han desenchajado todos mis huesos; mi corazon se ha hecho dentro de mí como cera que se derrite. Mi fuerza secóse como un tiesto, y mi lengua se pegó á mis fauces, y me has conducido hasta el polvo de la muerte, por cuanto me rodearon muchos perros, y concilio de malignos me sitió. Horadaron mis manos y mis piés, contaron todos mis huesos, me miraron y consideraron atentamente. Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes. Mas tú, Jehová, no te alejes de mí, tú que eres mi fuerza, atiende á mi defensa. Libra á mi alma de la espada, y á mi túnica de la rabia del perro. Sálvame de la boca del leon; defiende mi debilidad contra los cuernos de los unicornios.

»Anunciaré tu nombre á mis hermanos; publicaré tus alabanzas en medio de la Iglesia. Alabad á Jehová todos los que le temeis; glo-



rificadle, linaje de Jacob; temedle todos los que sois del linaje de Israel, porque no desdeñó ni despreció el ruego del pobre, ni apartó de mí su rostro, y cuando he clamado á él me oyó. ¡Oh Dios! tú eres mi alabanza en la Iglesia universal. Yo cumpliré mis votos en presencia de los que le temen. Comerán los pobres y se saciarán. Los que buscan á Jehová y celebran sus alabanzas, vivirán sus almas eternamente. Todas las extremidades de la tierra se acordarán de Jehová y se convertirán á él, porque de Jehová es el imperio; y dominará sobre todos los pueblos. En fin, todos los grandes de la tierra comerán y adorarán; todos los que descienden al polvo se postrarán ante Él, y mi alma vivirá para Él, y mi linaje le servirá á Él mismo. Las generaciones del porvenir le servirán, serán consagradas á Jehová. Vendrán los que anunciarán la justicia al pueblo que ha de nacer, al pueblo que el Señor ha formado (1).»

En este profético Evangelio que el Salvador volverá á decir sobre la cruz, vemos de antemano las circunstancias más inesperadas de su Pasión; sus piés y sus manos horadadas, sus vestidos repartidos, su túnica echada en suerte; en fin, hasta las expresiones de los que le insultan; despues de esto la gran asamblea, la Iglesia, en la que Dios es alabado sin cesar, los pueblos más remotos acordándose del Eterno, los poderosos de la tierra que vuelven á él tras los pueblos. Esta conversion no se efectuará sin lucha. David nos da conocimiento de ella en un cántico, cuya aplicacion harán los apóstoles mismos:

«¿Por qué se estremecieron las naciones? ¿Por qué los pueblos meditaron vanas maquinaciones? Levantáronse los reyes de la tierra, los príncipes se coaligaron contra Jehová y contra su Cristo. Destrocemos sus ataduras, dijeron, y sacudamos de nosotros su yugo. El que habita en los cielos se burlará de ellos; Adonai les escardecará. Un día les hablará en su ira y les confundirá en su furor.

»Mas yo he sido por él establecido rey en Sion, su monte santo. Yo publicaré el decreto. Jehová me dijo: Tú eres mi hijo, yo te he en-

gendrado hoy. Pídemelo y te daré las naciones por herencia, y en posesion tuya los confines de la tierra. Los gobernarás con vara de hierro, y como á vaso de arcilla los quebrarás.

»Ahora, pues, reyes, entended: Sed instruidos los que juzgais la tierra. Servid á Jehová con temor, y regocijaos en él con temblor. Besad, adorad al hijo, no sea que alguna vez se enoje y perezcais fuera del camino justo, porque su ira se encenderá de repente. ¡Bienaventurados los que ponen en él su confianza (1)!»

En estas palabras se oyen los temores de las naciones paganas, las vanas maquinaciones de los pueblos de Judá y de Israel; se ve á los Caifás, los Herodes, los Pilatos, divididos en todo lo demás, ligarse juntamente contra Dios; se ve á Cristo publicando en Sion que es rey, no de parte de este mundo, sino de parte de Jehová, su Padre, que le engendró en un eterno hoy; se ve á su imperio, á su Iglesia extenderse hasta las más apartadas regiones de la tierra; se ve á Roma pagana, con sus emperadores y su senado idólatra, quebrado al fin como un vaso de arcilla; se ve á los reyes y á los príncipes elevados sobre sus restos, no comprendiendo apenas tan terribles instrucciones.

Estos salmos no son los únicos en que David habla del Mesías. Hay además otros muchos, que los Apóstoles, y con ellos la sinagoga, le han aplicado. En uno de ellos, el Mesías mismo dice á su Padre: «Entonces dije: Hé aquí que vengo; en la cabeza del libro está escrito de mí que haré vuestra voluntad; quise-lo, Dios mio, y tu ley está en medio de mi corazon. Anuncié tu justicia en la Iglesia grande; no he cerrado mi boca, tú lo sabes, Jehová. No escondí tu justicia en mi corazon. He dicho tu verdad y tu salud; no oculté tu misericordia y tu verdad en la Iglesia grande (2).» En el salmo 44, David se dirige al Mesías: «Tu trono ¡oh Dios! subsiste eternamente; cetro de rectitud y de equidad es el cetro de tu reino. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió Dios con óleo de alegría, sobre todos los que deben participar de ella (3).»

(1) Ps. 2; Act., 4, 24, 28.

(2) Ps. 39; Heb., 10, 5.

(3) Ps. 44; Heb., 1, 8.

(1) Ps. 21; Math., 27, 46; Marc., 15, 34.



Este de quien David canta así las humillaciones como la gloria, es, pues, á la vez su hijo y su Dios. ¡Qué inefables sentimientos de fe, de esperanza, de amor, de admiración, de tristeza, de alegría, debían sucesivamente inundar su corazón! Pero ahora que ve á este hijo, á este Dios, reinando con todos los eternos esplendores; pero ahora que contempla en este hijo, en este Dios, todas las maravillas del pasado, del presente y del porvenir, ¡cuál no debe ser el enagenamiento de su dicha! ¡En qué lengua, no ya humana, no ya de ángel, sino de

Dios mismo, no debe cantar lo que está sobre toda lengua creada! El discípulo muy amado del Salvador vió á los veinticuatro ancianos que rodean su trono, teniendo cada uno su cítara; vió á los que han vencido el mundo, teniendo todos una cítara de Dios (1); ¿qué será, pues, de David, él, cuya cítara y cánticos preludian sobre la tierra á las eternas armonías del cielo?

(1) Apoc., 5, 8, 15, 2.

## CAPÍTULO XXIII

Reinado de Salomon; cumplimiento y figura.—Petición ambiciosa de Adonias.—Su muerte y la de Joab.—Destierro del gran sacerdote Abiathar.—El soberano sacerdocio vuelve á la rama primogénita de la familia de Aaron.—Muerte de Semei.—Salomon toma por esposa á la hija del rey de Egipto.—Pide á Dios la sabiduría.—Juicio de Salomon.—Sus cuidados por la seguridad de su reino.—Prosperidad de sus pueblos.—Su corte; su poder; su sabiduría.—El buddhismo.—Re-nombre de Salomon entre los antiguos y entre los modernos.—Sus obras.—Los proverbios.—El cántico de los cánticos.

Los nombres de Salomon y el templo nos anuncian la época más gloriosa del pueblo de Israel. Todas las promesas temporales que el Señor había hecho á los patriarcas se ven cumplidas en Salomon. Su dominación se extiende desde el río del Egipto hasta el gran río Eufrates, como había sido prometido nueve siglos antes á Abraham (1). El pueblo segundo de Jacob domina sobre el pueblo primogénito de Esaú ó Edom, como había sido dicho á Isaac, ocho siglos hacia (2). El cetro está en Judá, su mano se extiende sobre la cerviz de sus enemigos; los hijos de su padre se prosternan ante él, como lo había predicho siete siglos antes el patriarca Jacob (3). En fin, como fué prometido á David, un hijo le sucedió en el trono, el cual construirá un templo al Eterno. Este hijo será la admiración del universo por su sabiduría; este templo será la admiración del mundo por su magnificencia. Los hombres hubiesen podido creer que las promesas de Dios no comprendían nada más. Todo esto, sin embargo, no era sino una figura; figura magnífica de una realidad más magnífica todavía; pero figura que no se sostendrá hasta el fin, porque no es más que una figura. La sabiduría de Sa-

(1) Gén., 15, 18. Semini tuo dabo terram hanc a fluvio Ægypti usque ad fluvium magnum Euphratem.

(2) Ibid., 23, 25, 27, 29. Populusque populum superabit, et major serviet minori.

(3) Ibid., 49, 8. Juda, te laudabunt fratres tui; manus tua in cervicibus inimicorum tuorum, adorabunt te filii patris tui.

lomon acabará por eclipsarse, porque Salomon no es más que la figura de este hijo de David, que será la sabiduría misma. Este magnífico templo de Salomon, Babilonia le quemará; este templo resucitado de sus cenizas, la nueva Babilonia, Roma pagana, le quemará de nuevo y para siempre, porque este templo material no es más que una figura, un jeroglífico profético de este templo viviente, de esta Iglesia inmortal, que el Hijo de David por excelencia debe construir sobre la piedra, y contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán. Entonces se cumplirá, fuera del alcance del humano pensamiento, en el tiempo y en la eternidad, todo lo que habrá sido prometido á los patriarcas y predicho por los profetas.

Salomon había subido al trono de David su padre, por su orden y según la elección de Dios mismo. Habiendo muerto su padre, sobrevino un incidente que podía precipitarle del trono, pero que no contribuyó más que á afirmarle. Adonias no pudo soportar el no ser rey. Ya Salomon le había perdonado la vida bajo la condición de que estuviese tranquilo. La condición fué mal observada. Un día, verosíblemente por consejo de Joab, fué á ver á Bethsabée, suplicándola obtuviese de su hijo para esposa una virgen, Abisag de Sunam. «Sabes, la dijo, que el reino era mío, y que todo Israel me había preferido á mí para que fuese su rey; mas el reino ha sido trasladado y ha pasado á mi hermano, porque le ha sido dado por Jehová. Ahora pues, una sola súplica te hago; no avergüences mi rostro (por una repulsa).» Bethsabée le dijo: «Habla.»